

## Plan de campaña

El señor de Sartines había vuelto á su casa á las tres de la madrugada, muy cansado, pero muy satisfecho de la fiesta que había improvisado al rey y á madama Dubarry.

Reanimado por la llegada de madama la Delfina, el entusiasmo popular había saludado á S. M. con muchos gritos de ¡ viva el rey ! muy disminuídos de volumen desde aquella famosa enfermedad de Metz, durante la cual se había visto á toda la Francia en las iglesias ó en peregrinación para alcanzar la salud del joven Luis XV, llamado en aquella época Luis XV el muy amado.

Por otro lado, madama Dubarry, que no dejaba de ser insultada en público por algunas aclamaciones de un género particular, había obtenido, por el contrario, una favorable acogida, contra lo que ella misma esperaba, por parte de muchas filas de espectadores, de suerte que, satisfecho el rey, dirigió una leve sonrisa al señor de Sartines, y éste estaba seguro de un buen agradecimiento.

En este supuesto creyó poder levantarse á las doce del día, cosa que no le había sucedido hacía ya mucho tiempo, y había aprovechado al levantarse aquella especie de vacación que él mismo se daba para probarse una ó dos docenas de pelucas nuevas, escu-

chando al mismo tiempo los partes de aquella noche, cuando al encasquetarse la sexta peluca, y al negar á la tercera parte de la lectura, anunciaron al vizconde Juan Dubarry.

— Bueno, dijo para sí el señor de Sartines, he aquí mi recompensa. ¿ Quién sabe ? ¡ las mujeres son tan caprichosas ! Haced entrar al señor vizconde en el salón.

Juan, fatigado ya de su madrugada, se sentó en un sillón, y el subdelegado de policía, que no tardó en presentársele, pudo convencerse que la conferencia no tendría nada de desagradable.

En efecto, Juan parecía hallarse muy contento.

Los dos hombres se apretaron la mano.

— Y bien, vizconde, preguntó el señor de Sartines, ¿ qué os trae tan temprano á mi casa ?

— En primer lugar, contestó Juan, habituado ante todas cosas á adular el amor propio de las personas de quienes necesitaba obtener algún servicio, en primer lugar, vengo á cumplimentaros por la acertada dirección de vuestra fiesta de ayer.

— ¡ Ah ! gracias. ¿ Es eso oficialmente ?

— Oficialmente, en cuanto á Luciennes.

— Es todo lo que necesito. ¿ No es allí donde sale el sol ?

— Y donde también se pone algunas veces.

Y Dubarry soltó una carejada grosera y estrepitosa que daba á su persona la natural honradez que frecuentemente necesitaba.

— Pero además de los cumplimientos que tengo que tributaros, vengo también á pedir os un servicio.

— Dos, si puedo hacerlos.

— ¡ Oh ! ante todas cosas, decidme : ¿ cuando se pierde una cosa en París, hay esperanza de hallarla ?

— Si no vale nada ó vale mucho, sí.

— Lo que yo busco no vale gran cosa, dijo Juan meneando la cabeza.

— ¿Qué buscáis?

— Busco un muchacho de diez y ocho años poco más ó menos.

El señor de Sartines alargó la mano hacia un papel, cogió un lápiz y escribió:

— Diez y ocho años. ¿Cómo se llama vuestro muchacho?

— Gilberto.

— ¿Qué hace?

— Supongo que lo menos que puede.

— ¿De dónde viene?

— De la Lorena.

— ¿Dónde estaba?

— Al servicio de los Taverney.

— ¿Le han traído consigo?

— No: mi hermana Chon le recogió en el camino muerto de hambre; le hizo subir á su coche y le llevó á Luciennes, y allí....

— Y bien, ¿qué hizo allí?

— Temo que el bribón abusó de la hospitalidad.

— ¿Ha robado?

— No digo eso.

— Pero en fin....

— Digo que huyó de una manera extraña.

— ¿Y ahora queréis verle?

— Sí.

— ¿Tenéis alguna idea del sitio donde pueda estar?

— Le he visto hoy en la fuente que forma el ángulo de la calle Platriere, y he tenido ocasión de pensar que vive en la misma calle, y aun creo que podría designar la casa.

— Pues si conocéis la casa, nada es más fácil que averiguarlo. ¿Qué queréis hacer de él cuando le tengáis

en vuestro poder? ¿Se le encerrará en Charentón ó en Bicetre?

— No precisamente eso.

— ¡Oh! todo lo que queráis, Dios mío; no os incomodeis.

— No, ese muchacho agrada á mi hermana, y quisiera tenerle á su lado, porque es muy listo. Ahora bien, si con dulzura pudiéramos atraerle, sería mejor.

— Se intentará ese medio. ¿No habéis hecho ninguna pregunta en la calle Platriere para saber en que casa se hallaba?

— ¡Oh! no: ya comprendéis que no he querido hacerme notable, ni comprometer mi posición; me había visto, y ha escapado como si el diablo le llevara: si hubiera sabido que yo conocía su retiro, tal vez lo hubiera abandonado.

— Es verdad. ¿Decís que en la calle Platriere? ¿al fin al medio ó al principio de la calle?

— Sobre poco más ó menos, á la tercera parte de ella.

— Estad tranquilo; voy á enviaros allí un hombre diestro.

— ¡Ah! querido subdelegado, un hombre diestro, por mucho que lo sea, hablará siempre algo.

— ¡Ah! comprendo: perdonadme que no haya caído en la cuenta: quisierais que yo mismo... es verdad, tenéis razón... será mejor... porque hay en esto dificultades que no sospecháis.

Aunque Juan estaba persuadido de que el magistrado quería hacerse valer un poco, no quiso quitar nada á la importancia de su papel, y aun añadió:

— Precisamente á causa de esas dificultades que presentáis deseo que vayáis en persona.

El señor de Sartines llamó á su ayuda de cámara.

— Que pongan el coche, dijo.

— Yo traigo uno, dijo Juan.

— Gracias; prefiero el mío, porque no tiene armas y participa de un justo medio entre el fiacre y la carretela. Es un carruaje que se pinta todos los meses, y que por esta razón difícilmente es conocido. Ahora mientras enganchan permitid que me asegure si mis pelucas nuevas me sientan bien.

— Haced lo que gustéis, hijo Juan.

El señor de Sartines llamó á su peluquero: éste era un artista y traía á su cliente una verdadera colección de pelucas: las había de todas formas, de todos colores y de todas dimensiones: pelucas de golillas, pelucas de abogado, pelucas de asentista y pelucas de cortesano. El señor de Sartines, para hacer sus indagaciones, cambiaba de trajes tres ó cuatro veces al día, y tenía sumo cuidado en la exactitud del vestido.

Cuando el magistrado se probaba su vigésimacuarta peluca, vinieron á avisarle que estaba preparado el coche.

— ¿Conoceréis bien la casa? preguntó á Juan el señor de Sartines.

— ¡Pardiez! la veo desde aquí.

— ¿Habéis examinado la entrada?

— Es la primera cosa en que he pensado.

— ¿Y cómo es esa entrada?

— Hay una alameda.

— ¿Decís que hay una alameda, y que la casa estará hacia la tercera parte de la calle?

— Sí, con puerta secreta.

— Con puerta secreta, ¡diablo! ¿sabéis el piso que ocupa vuestro fugitivo?

— En las bohardillas. Pero ya estamos cerca; veo la fuente.

— Al paso, cochero, dijo el señor de Sartines

El cochero moderó su carrera, y el señor de Sartines echó los cristales.

— Mirad, dijo Juan, es esa casa sucia.

— ¡Ah! justamente, exclamó el señor de Sartines dando una palmada; he ahí lo que yo temía.

— ¿Cómo! ¿teméis alguna cosa?

— ¡Ah! sí.

— ¿Y qué teméis?

— Sois desgraciado.

— Explicaos.

— Pues bien, esa casa sucia que habita vuestro fugitivo es precisamente la casa de M. Rousseau, de Ginebra.

— ¿Rousseau el escritor?

— Sí.

— ¿Y qué os importa?

— ¿Cómo! ¿qué me importa? ¡Ah! bien se ve que no sois subdelegado de policía, y que no tenéis que habéros las con filósofos.

— ¡Bah! ¿Gilberto en la casa de M. Rousseau! ¿qué probabilidad hay para eso?

— ¿No habéis dicho que vuestro joven era filósofo?

— Sí.

— Pues bien: Dios los cría y ellos se juntan.

— En fin, supongamos que esté en casa de M. Rousseau.

— Sí, supongamos eso.

— ¿Qué resultará de ahí?

— Que no le cogereis, ¡pardiez!

— ¿Por qué?

— Porque M. Rousseau es muy temible.

— ¿Por qué no le encerrais en la Bastilla?

— Lo he propuesto el otro día al rey, pero no se ha atrevido.

— ¿Cómo! ¿no se ha atrevido?

— No: ha querido dejarme la responsabilidad de esta prisión, y á fe mía no he sido más valiente que el rey.

— ¿De veras?

— Como os lo digo; se mira uno mucho antes de tocar el pelo á esos señores filósofos; ¡ diablo! ¡ un rapto en casa de M. Rousseau! no á fe mía, querido mío, no á fe mía.

— En verdad, mi querido magistrado, que os encuentro extrañamente tímido; ¿ el rey no es el rey, y vos el subdelegado de policía?

— Tenéis un modo de discurrir muy particular los que no vivís en medio del laberinto de los negocios. Cuando decís: « El rey no es el rey, » creéis haberlo dicho todo. Pues bien, escuchad esto, mi querido vizconde. Mejor quisiera apoderarme de vuestra persona en casa de madama Dubarry que sacar á vuestro Gilberto de casa de M. Rousseau.

— ¡ De veras! gracias por la preferencia.

— ¡ Sí, pardiez! se gritaría menos; pues no sabéis hasta qué punto tienen sensible la epidermis esos hombres de letras; á la menor desolladura chillan como si los enrodaran.

— Pero no nos forjemos fantasmas. ¿ Se sabe de positivo que M. Rousseau haya recogido á nuestro fugitivo? ¿ Esta casa de cuatro pisos le pertenece y la habita él solo?

— M. Rousseau no posee un óbolo, y por consiguiente no tiene casa en París; tal vez haya además de él quince ó más inquilinos en esta barraca. Pero tomad esto por regla de conducta: siempre que se presenta una desgracia con alguna probabilidad, contad con ella; si es una felicidad, no contéis con ella, debiendo tener presente que hay noventa y nueve probabilidades para el mal y una sola para el bien. Pero

aguardad; como sospechaba lo que nos sucede, he tomado notas.

— ¿ Qué notas?

— Mis notas sobre M. Rousseau. ¿ Creéis que da un paso sin que se sepa á dónde va?

— ¡ Pero de veras es peligroso?

— No, pero es revoltoso; semejante loco puede romperse á cada momento un brazo ó una pierna, y se diría que éramos nosotros los que se lo habíamos roto.

— ¡ Eh! que se le tuerza el pescuezo de una vez.

— ¡ Dios nos guarde de semejante cosa!

— Permitidme que os diga que eso es lo que no comprendo.

— El pueblo apedrea de vez en cuando á ese buen ginebrino; pero se lo reserva para sí, y si recibiera la menor china por nuestra parte, nosotros seríamos entonces los apedreados.

— ¡ Oh! no conozco todas esas ceremonias: dispensadme.

— Usaremos, pues, de las más minuciosas precauciones. Ahora comprobemos la única probabilidad que nos queda: la de que no esté en casa de M. Rousseau Ocultaos en el fondo del coche.

Juan obedeció, y el señor de Sartines mandó al cochero que diese algunos pasos.

Después abrió su cartera y sacó de ella algunos papeles.

— Veamos, dijo, si vuestro joven está con M. Rousseau. ¿ Desde qué día debe hallarse aquí?

— Desde el 16.

— 17. Han visto á M. Rousseau herborizar á las seis de la mañana en el bosque de Meudón; estaba solo.

— ¡ Estaba solo!

— Continuemos. A las dos de la tarde del mismo día herborizaba también, pero con un joven.

— ¡ Ah ! exclamó Juan.

— Con un joven, repitió el señor de Sartines, ¿ lo oís ?

— ¡ Sí, ese es, pardiez !

— ¿ Qué decís de esto ?

— El joven es de miserable apariencia.

— Eso es.

— Devora.

— Eso es.

— Los dos particulares arrancan plantas y las meten en una caja de hoja de lata.

— ¡ Diablo, diablo ! exclamó Dubarry.

— No es eso todo. Escuchad bien ; por la tarde se lleva al joven ; á media noche éste no había salido de su casa.

— Bueno.

— 18. El joven no ha dejado la casa, y parece haberse instalado en la de M. Rousseau.

— Todavía tengo un resto de esperanza.

— Decididamente sois optimista ; no importa : participadme esa esperanza.

— Que tenga alguna parienta en la casa.

— Vamos, es menester satisfaceros, ó más bien quitaros toda esperanza. Alto, cochero.

El señor de Sartines se apeó, y no había andado diez pasos, cuando encontró un hombre vestido de color oscuro y de una apariencia bastante equívoca.

El hombre, al ver al ilustre magistrado, se quitó el sombrero y se lo volvió á poner sin dar al saludo más importancia, aunque el respeto y la fidelidad hubieran brillado en su mirada.

El señor de Sartines hizo una seña : el hombre se

aproximó, recibió algunas instrucciones y desapareció por la alameda.

El subdelegado de policía volvió á subir al carruaje.

Cinco minutos después volvió á presentarse el desconocido y se aproximó á la portezuela.

— Volveré la cabeza á la derecha, dijo Dubarry, para que no me vean.

El señor de Sartines se sonrió, recibió la confianza de su agente y le despidió.

— ¿ Qué hay ? preguntó Dubarry.

— ¡ Qué hay ! la probabilidad era mala, como me sospechaba ; en casa de Rousseau es donde está hospedado vuestro Gilberto. Si queréis creerme, renunciad á cogerle.

— ¿ Que renuncie ?

— Sí. No querréis sublevar contra nosotros, por un capricho, á todos los filósofos de París, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh, Dios mío ! ¿ qué dirá mi hermana Juana ?

— ¿ Conque tanto quiere á Gilberto ? preguntó el señor de Sartines.

— Sí, mucho.

— Pues bien, entonces os quedan los medios suaves ; usad de política, halagad á Rousseau, y en lugar de dejarse arrebatado á Gilberto contra su voluntad, nos lo entregará de buen grado.

— ¡ Pardiez ! tanto vale como darnos á amansar un oso.

— Acaso es menos difícil de lo que pensáis. Ea, no hay que desesperar ; á él le gustan las caras bonitas, la de la condesa es de las más lindas, y la de la señorita Chon no es desagradable ; decid, ¿ hará la condesa un sacrificio á su capricho ?

— Hará ciento.

— ¿ Consentirá en enamorarse de Rousseau ?

- Si fuera absolutamente preciso.....
- Esto puede ser muy útil; pero para aproximar á estos personajes uno á otro, es necesario un agente intermedio. ¿Sabéis de alguno que conozca á Rousseau?
- El señor de Conti.
- No me gusta; desconfía de los príncipes. Conviene echar mano de un hombre de poca monta, de un sabio, un poeta.
- No sé dónde están esas gentes.
- ¿No he encontrado en casa de la condesa al señor de Jussieu?
- ¿El botánico?
- Sí.
- Es verdad, me parece que sí. Viene á Trianón, y allí la condesa le deja destrozar las plantas del jardín.
- He ahí lo que necesitamos: precisamente Jussieu es de sus amigos.
- Entonces todo marchará á las mil maravillas.
- Ó poco menos.
- ¿Conque tendré á mi Gilberto?
- El señor de Sartines reflexionó un instante.
- Comienzo á creer que sí, dijo, y sin violencia, sin gritos. Rousseau os lo entregará atado de pies y manos.
- ¿Lo creéis así?
- Estoy seguro.
- ¿Qué es menester hacer para esto?
- Una cosa muy insignificante. ¿No tenéis hacia la parte de Meudón ó de Marly un terreno desocupado?
- ¡Oh! eso no falta; conozco diez entre Luciennes y Bougival.
- Pues bien, mandad construir allí, ¿cómo diría yo? una trampa para filósofos.

- ¿Cómo habéis dicho?
- He dicho una trampa para filósofos.
- ¡Oh, Dios mío! ¿y cómo se construye eso?
- Yo os daré el plano, descuidad; y ahora partamos, partamos pronto, que nos están mirando. Cochero, arrima á esta casa.